

su fuerza los argumentos morales de su tesis, únicos que estaban al alcance de la persona á quien se dirige (1).

«Permitid, le escribe, que os hable como el gran san Gregorio á una señora que queria obtener de él el conocimiento de lo que sería de ella. Aquel santo le dijo: Me preguntais una cosa difícil al mismo tiempo que inútil; lo mismo os digo con relacion á la pregunta que me haceis. ¿Cuál es la autoridad del Papa sobre el poder temporal de los reinos? Me pedís una solucion igualmente difícil é inútil; *difícil*, no ciertamente en sí misma, porque, al contrario, es muy fácil de encontrar á los espíritus que le buscan por el camino de la caridad, pero difícil en estos tiempos en que abundan cerebros acalorados, sutiles y contenciosos. Es muy difícil hablar de modo que no se ofendan los que, creyéndose buenos servidores, tanto del Papa como de los príncipes, no quieren que nunca se decida fuera de ciertos límites, no considerando que no pueden hacer nada peor á un padre que quitarle el amor de sus hijos, ni peor á los hijos que quitarles el respeto que deben á su padre. Digo en segundo lugar *inútil*, porque el Papa no pide nada á los reyes y á los príncipes en este particular. Los ama á todos tiernamente, desea la firmeza y estabilidad de su corona; vive dulce y amigablemente con ellos; y no hace casi nada en sus estados, aun en lo que concierne á las cosas puramente eclesiásticas, sino con su consentimiento. ¿Qué necesidad hay de ocuparse en el exámen de su autoridad sobre las cosas temporales, y por ese medio abrir la puerta á la discusion y á la discordia?... ¿A qué propósito imaginarse pretensiones que conduzcan á disensiones contra aquel á quien debemos amar filialmente, honrar y respetar como á nuestro verdadero padre y pastor espiritual? Siento un vivo dolor en mi corazon de que esta disputa de la autoridad del Papa sea el juguete y el asunto de la conversacion entre tantas personas que, poco capaces de resolverla, en vez de

(1) Carta DCCCXIII.

»aclararla, la turban; en vez de resolverla, la desgarran; »y lo que es peor, turbándola, turban la paz de muchas »almas; desgarrándola, desgarran la santa unidad de los »católicos, apartándolos así de pensar en la conversion »de los herejes..... Contra todos estos vanos discursos, hé »aquí las trincheras donde pondreis á cubierto vuestro »espíritu; el Papa es el soberano pastor y padre espiritual »de los cristianos, porque es el supremo vicario de Jesu- »cristo en la tierra; por lo tanto, él tiene la ordinaria so- »berana autoridad espiritual sobre todos los cristianos, »emperadores, reyes, príncipes y demás, que le deben no »solo amor, reverencia y respeto, sino tambien ayuda, so- »corro y asistencia contra los que le ofendan á él ó á la »Iglesia, en esta autoridad espiritual y en la administra- »cion de aquella. Como por derecho natural, divino y hu- »mano todos pueden emplear sus fuerzas y las de sus »aliados contra el injusto agresor y ofensor, tambien la »Iglesia y el Papa, porque todo es uno, puede emplear sus »fuerzas y las de los príncipes cristianos, sus hijos espiri- »tuales, en la justa defensa de los derechos de la Iglesia »contra todos los que quisieran violarla y destruirla. Y »tanto mas cuanto que los cristianos, príncipes y demás, »están ligados al Papa y á la Iglesia, no con una simple »alianza ordinaria, sino con la mas poderosa en obliga- »cion, la mas escelente en dignidad que pueda haber; y »así como el Papa y los demás prelados de la Iglesia están »obligados á dar su vida y á sufrir la muerte para dar el »alimento espiritual á los reyes y á los reinos cristianos, »así los reyes y los reinos están obligados á sostener á cos- »ta de sus vidas y de sus estados al Papa y á la Iglesia: »obligacion invariable que se estiende hasta la misma »muerte; obligacion natural, divina y humana, por la cual »el Papa y la Iglesia deben sus fuerzas espirituales á los »reyes y reinos, y los reyes sus fuerzas temporales al Pa- »pa y á la Iglesia. Porque los padres son para los hijos y los »hijos para los padres; los reyes y los príncipes tienen una »soberanía temporal, pero el Papa y la Iglesia no la pre-

»tenden: el Papa es supremo pastor y padre espiritual; el
 »Rey es supremo Príncipe y señor temporal: la autoridad
 »del uno no es contraria á la del otro, sino que tienen re-
 »lacion la una con la otra.»

Así Francisco de Sales, tan firme en cumplir todo lo que mandan la fe y la caridad en adhesion á la Santa Sede, quería por el bien de la paz, se guardase silencio recíproco por los hombres de la Iglesia y los del estado sobre las cuestiones exteriores de la fe, que no se pueden casi nunca tratar sin originar disensiones y otros mil inconvenientes, verdaderos focos de donde sale, si se resuelven, el fuego de la discordia. Repetía á menudo las palabras del Apóstol: *Pacem habete, et Deus pacis et dilectionis erit vobiscum* (1). «Que la diversidad de las opiniones y de los intereses no altere vuestra paz si quereis que el Dios de la paz y del amor permanezca con vosotros.» Y sabiendo que en todos tiempos existen en el mundo ciertos espíritus soberbios, llenos de sí mismos, que no aspiran sino á hacerse notar pensando de otro modo que los demás, que tienen placer en trastornarlo todo, con tal que brille su gloria en medio de las ruinas, nada temía tanto como ver agitarse cuestiones á favor de las cuales estos genios turbulentos alterarían la paz tan necesaria al bien de la religion y de la Iglesia.

Esto es lo que desarrolla en una memoria con fecha 2 de junio de este año 1612, dirigida al Cardenal Scipion Caffarelli Borghese, memoria que nos revela cuánto se preocupaba su alma por los males de la Iglesia, cuánto habia estudiado los remedios para ellos, y qué expedientes, dignos del mas hábil diplomático, habia descubierto su sabiduría para lograr pacificarlo todo. «Es evidente, escribe al Cardenal (2), que la mayor parte de los parla-

(1) II Cor. XIII, 11.

(2) Esta memoria, escrita en italiano, fué descubierta en el último siglo por Mr. José Luis Dominico de Cambis, Marqués de Villeron, en una coleccion de manuscritos de varios documentos sueltos, cuya adquisicion habia hecho,

»mentos, de los ministros de estado y de los católicos de
 »Francia, se colocan en estas cuestiones en la parte mé-
 »nos favorable, ó por mejor decir la mas contraria á la
 »autoridad del Papa, creyendo de este modo dar la ventaja á la autoridad, y si las cosas van mas adelante, es de
 »temer se siga una pérdida considerable y una deplorable
 »division en este reino; tanto mas que, debiendo el Rey
 »tomar dentro de tres ó cuatro años la direccion de los ne-
 »gocios, les será fácil á los de la parte contraria á la auto-
 »ridad de la Santa Sede inclinarle á su partido; teniendo
 »los hombres, principalmente en estos tiempos, tan gran-
 »de inclinacion á la autoridad independiente, inclinacion
 »que es aún mas fuerte y dominante en los jóvenes, por
 »ser naturalmente atrevidos y temerarios, aunque se debe
 »creer que el Rey tiene sentimientos muy buenos y muy
 »ortodoxos.»

Leyendo estas líneas, ¿quién no admirará la perspicacia del Obispo de Ginebra, adivinando la lucha entre el poder real y el de los Papas que, preparándose bajo Luis XIII, estalló bajo Luis XIV con gran detrimento de la religion, lucha deplorable, cuyo golpe ha resonado en los siglos siguientes, y que aún hoy aflige los oidos católicos?

«Esta idea de sacudir todo yugo, continua el autor de la Memoria, siendo un mal muy contagioso, pasaria luego insensiblemente de un reino á otro, como se ha visto con cosas semejantes, de donde parece que hay gran peligro en las circunstancias.

»No parece que pueda servir de remedio el hacer discutir el asunto por sábios teólogos, porque cuanto mas animada sea la disputa, mas se agriarán los espíritus y crecerá la division; porque además de que las razones de los adversarios halagarian el oido de los grandes, no porque sean ciertas sino por estar mas conformes á su

y no se atrevió entonces á publicarlo, temiendo provocar la animosidad de los parlamentos, que no hubieran admitido la ley del silencio, tan recomendada por Francisco de Sales en estas materias. (Véase el manuscrito de Mr. de Cambis, t. II, p. 321.)

»intencion, no faltarán teólogos que, por diversas consideraciones, tomarán parte en contra.

»El medio mas eficaz sería tratar amistosamente con la Reina mientras que aún tiene el gobierno, y con su consejo, representándole que no habiéndose levantado nunca la menor diferencia entre Su Santidad y Su Majestad, habiendo mostrado, por el contrario, nuestro Santo Padre, en todas las ocasiones, un corazón verdaderamente paternal y celoso por el bien, prosperidad y grandeza de esta corona, no puede menos de mirarse con dolor que ciertos espíritus inquietos, puntillosos y enemigos de la santa union que reina entre Su Santidad y Su Majestad, se atrevan imprudentemente á poner en duda si Su Santidad tiene por esta corona un verdadero interés; que agitando estas inútiles cuestiones se forme en los espíritus débiles una triste desconfianza del sincero afecto de nuestro Santo Padre hácia Su Majestad y su reino; y que en consecuencia se ruegue á Su Majestad imponga silencio á estas temerarias y sediciosas disputas, como Su Santidad por su parte lo impondrá en tales cuestiones en todas partes donde convenga hacerlo; tanto mas cuanto que estas contestaciones, inútiles entre los católicos, son muy peligrosas con los protestantes, que se alegran de nuestras divisiones, y que la continuacion de la disputa, en vez de apagar el fuego, lo enciende cada vez mas.

»Es bien cierto que, en esta guerra, una piadosa industria, un modo de proceder lleno de dulzura y prudencia, hacen mas que un saber inflamado y un espíritu ardiente. Lo que se desprecia cae por sí mismo; lo que se combate con fuego adquiere importancia. *Spreta exolescunt; si irascaris, agnita videntur.* La mejor respuesta que se puede dar á los espíritus turbulentos, es el desprecio y el silencio; de suerte que sería necesario que ahora, en Francia, todos los predicadores inculcasen, con dulzura y sin agitacion, la unidad de la Iglesia y la sumision al soberano Pastor, sin disputar acerca de su autoridad so-

bre los príncipes. Con respecto á las personas que hablan mal de la autoridad del Papa, no se les debería contestar directamente, sino indirectamente, quejándose de que hablan así sin necesidad, y con una maligna intencion de hacer odiosa la Santa Sede, que está llena de dulzura y afecto á la monarquía francesa. Convendría, descubriendo esta mala intencion, hacerlos odiosos á ellos mismos, como á perturbadores del reposo público, y hacer entrar dulcemente en el discurso la necesidad de la unidad católica y la adhesion á la Santa Sede, que és el lazo de esta unidad.

»Convendrá tambien establecer, por medio de prelados prudentes y celosos, una buena inteligencia entre la Sorbona y los jesuitas, á fin de que estos dos cuerpos unidos pudieran trabajar mas eficazmente en el campo del Señor; y para obtener esta union, se debería hacer comprender su importancia á la Reina, exponiéndola que si los prelados, la Sorbona y los religiosos estuvieran bien unidos, podrian hacer desaparecer la herejía en diez años. Se deberían buscar personas de confianza que ayudasen á monseñor el Nuncio, y pudieran poner en relacion á los unos con los otros. Se debería recomendar esto á los provinciales y generales de las órdenes y enviar á la Universidad, y especialmente á la Sorbona y á los prelados, breves llenos de cordialidad y de demostraciones del afecto paternal de nuestro Santo Padre á este reino; pero antes de llegar á eso convendría que se hubiese tratado el negocio en París con la Reina y su consejo, y en Roma con su embajador y los cardenales franceses, mostrando un gran interés en que cesen semejantes disputas. La cosa urge: *Sero medicina paratur, cum mala per longas invaluere moras.*»

El cardenal Borghese mostró esta memoria al Papa Paulo V, que alabó la prudencia del autor y aprobó todos los medios de conciliacion propuestos; pero desgraciadamente se descuidó en practicarlos, y bien pronto surgieron de nuevo las disputas.